

RESURGIMIENTO*

*(YO RESUCITARÉ)

Volumen 1 – Sermón No. 306

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 1 DE ABRIL DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND**

“Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo”
1Corintios 15:35-38

Nosotros predicamos con palabras, Dios nos predica con actos y hechos. Si quisiéramos percibirlo, la creación y la providencia son dos sermones continuos, que brotan de la boca de Dios. Las estaciones son cuatro evangelistas, cada una de las cuales tiene su testimonio que darnos. ¿Acaso no nos habla el verano de la generosidad de Dios, de la riqueza de su bondad, de la abundante munificencia con que se ha complacido en proveer a la tierra, no sólo de alimento para el hombre, sino de deleites para el oído y la vista en el hermoso paisaje, los melodiosos pájaros y las flores de diversos colores?

¿No has oído nunca la pequeña voz del otoño, que lleva la gavilla de trigo, y nos susurra en el ruido de la hoja dorada? Nos pide que nos preparemos para morir. "Todos nosotros", dice, "nos marchitamos como una hoja, y todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia".

Entonces llega el invierno, coronado de nieve, y truena un sermón poderosísimo, que, si lo escucháramos, bien podría impresionarnos con los terrores de la venganza de Dios, y hacernos ver cuán pronto puede despojar a la tierra de todas sus complacencias, y revestirla de tormenta, cuando venga Él mismo a juzgar a la tierra con justicia, y a los pueblos con equidad.

Pero me parece que la primavera nos lee un excelente discurso sobre la gran doctrina de la revelación. Este mismo mes de abril, que, si no es la entrada misma de la primavera, ciertamente nos introduce en su plenitud de esta, este mismo mes, que lleva por nombre el título del mes de apertura, nos habla de la resurrección.

Cuando hemos paseado por nuestros jardines, campos y bosques, hemos visto los capullos de las flores a punto de irrumpir en los árboles, y las flores de los frutos apresurándose a desplegarse, hemos visto las flores enterradas brotando del césped, y nos han dicho con dulce, dulce voz, las palabras: "Tú también resucitarás, tú también serás enterrado en la tierra como las semillas que se pierden en invierno, pero resucitarás, y vivirás y florecerás en eterna primavera".

Me propongo esta mañana, según Dios lo permita, escuchar esa voz de primavera que proclama la doctrina de la resurrección, una meditación tanto más apropiada por el hecho de que el antepasado día de reposo consideramos el tema de la muerte, y espero que entonces se produjeran impresiones muy solemnes en nuestras mentes. Ojalá que las mismas impresiones vuelvan ahora, acompañadas de otras más gozosas, cuando miremos más allá de la tumba, a través del valle de sombra de muerte, hacia esa luz brillante en la distancia, los esplendores y la gloria de la vida y la inmortalidad.

Al hablarles de este texto, me gustaría señalar en primer lugar que la doctrina de la resurrección de los muertos es una doctrina particular del cristianismo. Los paganos, con la débil luz de la naturaleza, fueron capaces de explicar la verdad de la inmortalidad del alma. Aquellos profesantes de la religión que niegan esa inmortalidad, no están tan avanzados en el saber como los mismos paganos.

Cuando te encuentres con alguien que piense que el alma del hombre puede llegar a aniquilarse, hazle un regalo de ese pequeño catecismo publicado por la Asamblea de Westminster, que lleva el título, "Un catecismo para jóvenes y desconocedores". Que lo lean y empiecen a comprender que Dios no ha hecho al hombre en vano.

La resurrección del cuerpo era algo nuevo en los tiempos apostólicos. Cuando Pablo se levantó en el Areópago, en medio de la docta asamblea de los areopagitas, si les hubiera hablado de la inmortalidad del alma, no se habrían reído, le habrían respetado, pues ésta era una de las sublimes verdades que sus propios sabios habían enseñado.

Pero cuando pasó a afirmar que la carne y la sangre que estaban depositadas en el sepulcro volverían a levantarse, que los huesos que se habían convertido en morada de gusanos, que la carne que se había corrompido y descompuesto, volvería realmente a la vida, que tanto el cuerpo como el alma vivirían, algunos se burlaron, y otros dijeron: "Volveremos a oírte hablar de este asunto".

El hecho es que la razón enseña la inmortalidad del espíritu, sólo la revelación enseña la inmortalidad del cuerpo. Sólo Cristo ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio. Él fue el más claro proclamador de esa gran verdad.

Aunque antes había permanecido en la fe secreta de muchos del antiguo pueblo de Dios, fue Él quien primero expuso en términos claros la gran verdad de que habría una resurrección de los muertos, tanto de los justos como de los injustos.

Que yo sepa, la doctrina no ha sido discutida en la Iglesia cristiana. Ha habido algunos herejes que la han negado en diversas épocas, pero han sido tan pocos, tan insignificantes, que no vale la pena prestar atención a sus escrúpulos o a las objeciones que han presentado. En su lugar, nos volveremos a nuestro texto, asumiremos que la doctrina es verdadera, y procederemos a pronunciar algunas palabras de explicación sobre ella.

En primer lugar, nuestro texto sugiere la identidad real del cuerpo resucitado. El apóstol utiliza la figura de una semilla, un grano de trigo marchito. Se pone en la tierra, allí muere, toda la parte farinácea se descompone y forma una tierra peculiarmente fina, en la que el germen vital se clava, y de la que el germen vital se alimenta. La semilla misma muere, a excepción de una partícula casi demasiado pequeña para ser percibida, que es la verdadera vida contenida en el trigo. Poco a poco vemos brotar una brizna verde que crece y aumenta, hasta que se convierte en grano de trigo y, más tarde, una planta de trigo completa.

Ahora bien, nadie sospecha sino que el mismo trigo surge de la tierra en que fue echado. Puesto en la tierra, creemos que brota, y estamos acostumbrados a hablar de él en nuestro lenguaje ordinario como si fuera la misma semilla que sembramos, aunque la diferencia es sorprendente y maravillosa. Aquí tienes una planta de unos tres pies de altura, que da muchos granos de trigo, y allí tenías el otro día un pequeño grano marchito; sin embargo, nadie duda sino que los dos son lo mismo.

Así será en la resurrección de los muertos. El cuerpo no es aquí más que una semilla marchita, no hay belleza en él para que lo deseemos. Es puesto en una tumba, como el trigo que se siembra en la tierra, allí se pudre y se descompone, pero Dios preserva dentro de él una especie de germen de vida que es inmortal, y cuando la trompeta del arcángel sacuda los cielos y la tierra se expandirá hasta la plena flor madura, que florecerá de la tierra, una forma mucho más gloriosa que la vitalidad en la que enterrada.

Hermanos míos, hoy no sois más que un montón de trigo, un montón de pobre maíz marchito. A pesar de esa belleza terrena que alegra nuestros semblantes, al fin y al cabo estamos marchitos y sin valor, comparados con lo que serán nuestros cuerpos cuando despierten de sus lechos de polvo silencioso y barro húmedo y frío. Sin embargo, aunque serán diferentes, serán exactamente iguales, será el mismo cuerpo, se conservará la identidad. Aunque parezca que hay poca semejanza, nadie dudará de que el mismo cuerpo que fue sembrado en la tierra ha brotado para la vida eterna.

Supongo que si yo trajera aquí cierto grano de semilla, y ustedes nunca hubieran visto la imagen de la planta en la que maduraría, y yo la presentara a mil personas aquí presentes, y les hiciera esta pregunta: "¿Qué forma adoptará esta semilla cuando crezca hasta convertirse en una planta y dé una flor?", ninguno de ustedes podría decir cómo sería, sin embargo, cuando la vieran brotar dirían: "Bueno, no tengo ninguna duda de que la viola tricolor brotó de su propia semilla. Estoy seguro de que una violeta brota de una semilla de violeta. No puedo dudar de que el lirio tiene su propia raíz apropiada".

Y en otra ocasión, cuando llegas a ver la semilla, tal vez imaginas que ves alguna pequeña semejanza, al menos nunca desconfías de la identidad. Aunque hay grandes extremos de diferencia entre la diminuta semilla de mostaza y el gran árbol bajo cuyas ramas construyen sus nidos las aves del cielo, sin embargo, ni por un momento te cuestionas sino que son precisamente lo mismo. La identidad se conserva. Lo mismo sucederá en la resurrección de los muertos. La diferencia será extraordinaria, pero el cuerpo seguirá siendo el mismo.

Para afirmar esto, la antigua iglesia cristiana tenía la costumbre en su credo de añadir una frase al artículo que dice así: "Creo en la resurrección de los muertos". Añadían, en latín, palabras en este sentido: "Creo en la resurrección de los muertos, de esta misma carne y sangre". No sé si la adición fue alguna vez autorizada por la iglesia, pero se usaba continuamente, especialmente en la época en que se discutía la verdad de la doctrina de la resurrección del cuerpo.

La misma carne y sangre que está enterrada, los mismos ojos que se cierran en la muerte, la misma mano que se endurece junto a mi cadáver, estos mismos miembros vivirán de nuevo, no las partículas idénticas de la misma materia, como no brotan las mismas partículas del trigo para hacer una brizna y para hacer un grano completo en la espiga. Sin embargo, serán idénticos, en el verdadero sentido del término, brotarán de este cuerpo, serán el verdadero resultado y desarrollo de esta pobre carne y sangre, que ahora llevamos con nosotros aquí abajo.

Se han formulado diez mil objeciones contra esto, pero todas son fácilmente contestables. Algunos han dicho: "Pero cuando los cuerpos de los hombres están muertos, y son llevados a la tumba, a menudo son desenterrados, y el sacristán descuidado los mezcla con moho común, es más, a veces sucede que son sacados del cementerio, y esparcidos por los campos, para convertirse en un rico abono para el trigo, de modo que las partículas del cuerpo son absorbidas por el maíz que está creciendo, y viajan alrededor en un círculo hasta que se convierten en el alimento del hombre. De modo que la partícula que puede haber estado en el cuerpo de un hombre entra en el cuerpo de otro".

"Ahora", dicen, "¿cómo se pueden rastrear todas estas partículas?". Nuestra respuesta es, si fuera necesario, cada átomo podría ser rastreado. La omnipotencia y la omnisciencia podrían hacerlo. Si fuera necesario que Dios buscara y encontrara cada átomo individual que alguna vez existió, Él sería capaz de detectar la morada actual de cada partícula individual.

El astrónomo es capaz de decir la posición de una estrella por la anomalía del movimiento de otra, por su cálculo, aparte de la observación, puede descubrir un orbe desconocido, su enormidad lo pone a su alcance. Pero para Dios no hay nada pequeño ni grande, Él puede descubrir la órbita de un átomo por la anomalía en la órbita de otro átomo; Él puede perseguir y alcanzar cada partícula por separado.

Pero recuerda, esto no es necesario en absoluto, pues como he dicho antes, la identidad puede conservarse sin que haya los mismos átomos. Volvamos a la excelente ilustración de nuestro texto. El trigo es el mismo, pero en el nuevo trigo que ha crecido no puede haber ni una sola partícula de la materia que estaba en la semilla echada en la tierra.

Una pequeña semilla que no pesa ni la centésima parte de una onza cae en la tierra, brota y produce un árbol forestal que pesa dos toneladas. Ahora bien, si hay alguna parte de la semilla original en el árbol, no debe ser sino en la proporción de una millonésima parte, o algo menos que eso. Y, sin embargo, el árbol es positivamente idéntico a la semilla, es la misma cosa. De la misma manera, puede que sólo haya una millonésima parte de las partículas de mi cuerpo en el nuevo cuerpo que llevaré, pero aun así puede ser el mismo. No es la identidad de la materia lo que hará la auténtica identidad.

Y se lo mostraré de nuevo. ¿No sabéis que nuestros cuerpos cambian, que cada diez años aproximadamente tenemos cuerpos diferentes de los que teníamos hace diez años? Es decir, por la descomposición y el desgaste continuo de nuestra carne, no hay en este cuerpo que tengo aquí ni una sola partícula de lo que había en mi cuerpo hace diez años, y sin embargo soy el mismo hombre. Sé que soy exactamente el mismo. Así como tú.

Habéis nacido en América y habéis vivido allí veinte años, de repente os trasladan a la India y vivís allí otros veinte años, volvéis a América a ver a vuestros amigos, sois el mismo hombre, os conocen, os reconocen, sois precisamente el mismo individuo.

Pero, sin embargo, la filosofía nos enseña un hecho que no se puede negar, que tu cuerpo habría cambiado dos veces en el tiempo que has estado ausente de tus amigos, que cada partícula se ha ido, y su lugar ha sido ocupado por otra, y sin embargo el cuerpo es el mismo. De modo que no es necesario que haya las mismas partículas, no es necesario que rastrees cada átomo y lo traigas de vuelta para que el cuerpo conserve su identidad.

¿No has oído nunca la historia de la esposa de Pedro Mártir, célebre reformador, que murió algunos años antes de la época de la reina María? Como sus enemigos no podían llegar hasta su cuerpo, recogieron el cadáver de su esposa después de muerta y lo enterraron en un estercolero. Durante el reinado de Isabel, el cuerpo fue sacado de su desdeñoso escondite, y luego reducido a cenizas.

Para que los romanistas, si alguna vez volvían a prevalecer, nunca deshonraran ese cuerpo, tomaron las cenizas de la esposa de Pedro Mártir y las mezclaron con las supuestas cenizas de un santo romano. Mezclando las dos, dijeron: "Ahora estos romanistas nunca profanarán este cuerpo, porque tendrán miedo de profanar las reliquias de su propio santo".

Quizá algunos sabios digan: "¿Cómo pueden separarse estas dos cosas?". Pues bien, podrían separarse fácilmente si Dios quisiera hacerlo, ya que se da por sentado que Dios es omnisciente y omnipotente, y no hay que preguntar nunca cómo, porque la omnisciencia y la omnipresencia sacan la cuestión a la luz y deciden el asunto de inmediato.

Además, no es necesario que sea así. Los gérmenes vitales de los dos cuerpos no pueden haberse mezclado. Dios ha puesto a sus ángeles a velar por ellos, como puso a Miguel a velar por el cuerpo de Moisés, y sacará los dos gérmenes vitales, y se desarrollarán y los dos cuerpos se pondrán en marcha por separado al sonido de la trompeta del arcángel.

Recordad, pues, y no dudéis que el mismo cuerpo en el que pecasteis será el mismo cuerpo en el que sufriréis en el infierno, y el cuerpo en el que creéis en Cristo, y en el que os sometéis a Dios, será el mismo cuerpo en el que caminaréis por las calles doradas, y en el que alabaréis el nombre de Dios por los siglos de los siglos.

Hasta aquí este primer punto. Pero observen, mientras que la identidad es real, la transformación es gloriosa. El cuerpo aquí es mortal, siempre sujeto a la decadencia. Moramos en una pobre tienda incómoda, continuamente se está rasgando la lona, se están soltando las cuerdas, y se están arrancando las clavijas de la tienda. Estamos llenos de sufrimientos, achaques y dolores, que no son sino premoniciones de la muerte venidera.

Todos sabemos, algunos por nuestros dientes carcomidos, que no son, como dije el otro día, sino las señales de un hombre carcomido, otros por esas canas que están esparcidas aquí y allá, todos sabemos que nuestros cuerpos están constituidos de tal manera que no pueden permanecer aquí sino por un período limitado, y deben, como Dios lo ha querido, regresar a su polvo nativo.

No así, sin embargo, el nuevo cuerpo: "Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción". Será un cuerpo sobre el cual el paso del tiempo no podrá tener poder, y en el cual el dardo de la muerte nunca podrá ser clavado. Edad tras edad pasarán, pero ese cuerpo existirá en eterna juventud. Cantará, pero su canto nunca se detendrá por la debilidad, volará, pero su vuelo nunca flaqueará por el cansancio. No habrá signos de mortalidad, la mortaja, el azadón y la pala nunca se verán en el cielo. Tal cosa como una tumba abierta nunca aparecerá en el reino celestial, allí viven, viven, viven, pero nunca, nunca, nunca morirán.

Mira, pues, qué diferente debe ser el cuerpo, porque tal como está constituido este cuerpo, cada nervio y cada vaso sanguíneo me dicen que debo morir. No puede ser de otro modo. Debo retener este severo decreto: "Polvo al polvo, tierra a la tierra, cenizas a las cenizas", pero en el cielo cada nervio del nuevo cuerpo gritará: "Inmortalidad". Cada parte de ese nuevo cuerpo hablará por sí misma, y le dirá al espíritu inmortal que son compañeros eternos, casados en eterno matrimonio.

Habrán, además, un gran cambio en el nuevo cuerpo en cuanto a su belleza. "Se siembra en deshonra; resucitará en gloria". La vieja metáfora empleada por todos los predicadores sobre esta doctrina debe ser usada de nuevo. Usted ve aquí una oruga que se arrastra, una imagen de usted mismo, una criatura que come y bebe, y se puede pisar fácilmente. Espera unas semanas, esa oruga se tejerá una mortaja, se acostará, estará inactiva y dormirá. Una imagen de lo que hará.

Debes tejer tu mortaja y luego ser depositado en la tumba. Pero espera un poco, cuando llegue el calor del sol esa cosa aparentemente sin vida romperá su envoltura. La crisálida se desprenderá y el insecto volará dotado de relucientes alas. Habiendo alcanzado su pleno estado de perfección, la imagen misma de la criatura será vista por todos nosotros danzando bajo el rayo del sol.

Así nosotros, después de pasar por nuestra condición de gusanos aquí, a nuestro estado de crisálida en la tumba, romperemos nuestros ataúdes y subiremos a lo alto como gloriosas criaturas aladas hechas como los ángeles, las mismas criaturas, pero, ¡oh! tan cambiadas, tan diferentes, que apenas conoceríamos a nuestros antiguos seres si pudiéramos volver a encontrarnos con ellos después de haber sido glorificados en el cielo.

Habrán un cambio entonces, en nuestra forma y naturaleza. El viejo maestro Spenser, que tenía una rara habilidad para hacer metáforas, dice: "El cuerpo aquí es como un viejo trozo de hierro oxidado, pero la muerte será el herrero, lo tomará y lo calentará en su fuego, hasta que centellee y desprenda calor ardiente, y luzca brillante y resplandeciente".

Y así es. Somos arrojados a la tierra como al fuego, y allí seremos hechos centellear y brillar y estar llenos de resplandor, no más las cosas oxidadas que una vez fuimos, sino espíritus ardientes, como los querubines y los serafines, llevaremos un poder y una gloria como los que aún no hemos concebido.

De nuevo, tendrá lugar otra transformación, a saber, en poder. "Se siembra en debilidad, resucitará en poder". El mismo cuerpo que es débil, resucitará con poder. Somos cosas insignificantes aquí, hay un límite a nuestras labores, y nuestra utilidad se ve limitada por nuestra incapacidad para realizar lo que quisiéramos.

Y, ¡oh, qué débiles nos volvemos cuando morimos! Un hombre debe ser llevado por sus propios amigos a su propia tumba, ni siquiera puede acostarse él mismo en su última morada. Se somete pasivamente a ser acostado, a ser cubierto con su mortaja, y a ser encerrado en la oscuridad de la tumba. Silenciosa y pasivamente se somete a que se lo lleven con el féretro cubierto y lo entierren. Los terrones son apaleados sobre él, pero él no lo sabe, ni podría resistir su entierro si fuera consciente de ello. Pero ese cuerpo impotente resucitará con poder.

Esa fue una buena idea de Martín Lutero, que tomó prestada de San Anselmo, que los santos serán tan fuertes cuando resuciten de entre los muertos, que si quisieran podrían sacudir el mundo, podrían arrancar islas de raíz, o lanzar montañas por los aires.

Algunos escritores modernos, tomando prestadas sus ideas de Milton, donde habla de las batallas de los ángeles, en las que arrancaban las colinas con toda su carga pesada, ríos y árboles a la vez, y los lanzaban contra los espíritus caídos, han enseñado que estaremos revestidos de una fuerza gigantesca. Creo que si no llegamos al extremo de los poetas, tenemos todas las razones para creer que el poder del cuerpo resucitado será totalmente inconcebible.

Sin embargo, esto no son más que suposiciones de la verdad, este gran misterio está aún más allá de nosotros. Creo que cuando entre en mi nuevo cuerpo, podré volar de un lugar a otro, como un pensamiento, tan rápidamente como quiera, estaré aquí y allá, veloz como los rayos de la luz. De fuerza en fuerza, mi espíritu será capaz de saltar hacia adelante para obedecer los mandatos de Dios, levantado con alas celestes, relampagueará su camino a través de ese mar sin orillas, y verá la gloria de Dios en todas sus obras, y sin embargo siempre contemplará su rostro.

Porque entonces el ojo será lo suficientemente fuerte como para atravesar leguas de distancia, y la memoria nunca fallará. El corazón será capaz de amar en grado ardiente, y la cabeza de comprender a fondo. Aún no sabemos lo que seremos.

Pero hermanos y hermanas, para volver a la realidad, y dejar la ficción por un momento, aunque no se ha mostrado lo que seremos, sin embargo, sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es. ¿Y saben cómo seremos, si somos como Él?

He aquí la imagen de cómo es Jesucristo, y seremos semejantes a Él. "Vi, dice Juan, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. Cuando le vi, caí como muerto a sus pies".

Así seremos cuando seamos como Cristo, qué lengua puede decir, qué alma puede adivinar las glorias que rodean a los santos cuando se levantan de sus lechos de polvo, y se elevan a la inmortalidad.

Pero ahora, para alejarnos de estos detalles, que me temo son poco interesantes para muchos de ustedes, permítanme darles una o dos figuras que pueden mostrarles el cambio que tendrá lugar en nosotros en el día de la resurrección.

¿Ves allí a un mendigo? Está recogiendo trapos de un estercolero, arranca pedazo tras pedazo del montón de polvo mientras usa su rastrillo, puedes ver lo mismo cualquier día, si vas a esos grandes polvorines en Agar Town. Allí saca trozo tras trozo y lo pone en su cesta. ¿Qué valor pueden tener esos miserables trapos viejos? Se los lleva, los recoge, los clasifica, trapo a trapo, uno igual al otro.

Poco a poco se lavan, se llevan al molino, se golpean con fuerza, se trituran, se muelen hasta convertirlas en una pasta, y ¿qué es lo que veo salir de aquel molino? Una sábana blanca y clara, sin una mancha, ¿y de dónde vino esto? "Soy el hijo del trapo viejo", dice, "es más, soy el trapo idéntico que hace sólo unas horas fue recogido del montón de estiércol".

¡Oh, qué extraño! ¿Sale la pureza de la impureza, y esta belleza, esta utilidad, de lo que no era ni hermoso ni útil, sino que los hombres aborrecían y desechaban como cosa sin valor? Ved aquí, hermanos, la imagen de vosotros mismos. Vuestros cuerpos son como harapos, arrojados a esta vasta tierra de estercolero, y allí enterrados, pero el ángel vendrá y os clasificará, cuerpo de su cuerpo, el justo con el justo, el impío con el impío, se juntarán, hueso con su hueso y carne con su carne, y ¿qué veo? He aquí un cuerpo semejante al de un ángel, con ojos de fuego, y rostro como el resplandor del sol, y alas como relámpagos por su rapidez.

¿De dónde vienes, espíritu luminoso? Yo soy el que fue sepultado, yo soy lo que una vez fue carne de gusanos, pero ahora soy glorioso por el nombre de Jesús y por el poder de Dios. Tienen ante ustedes un cuadro de la resurrección, un cuadro casero, es cierto, pero que puede transmitir vívidamente la idea a las mentes caseras.

Tomemos otro, uno usado antiguamente por ese poderoso predicador, Crisóstomo. Hay una casa vieja, una cabaña firme y pequeña, y su habitante a menudo tiembla de frío en invierno, y está muy oprimido por el calor del verano, pues está mal adaptada a sus necesidades, las ventanas son demasiado pequeñas y muy oscuras, no puede guardar allí su tesoro con seguridad, a menudo está prisionero, y cuando he pasado por su casa le he oído suspirar en la ventana: "Oh, miserable de mí, ¿quién me librá de este cuerpo de esta muerte?"

Llega el buen amo, el propietario de la casa, habla con el inquilino y le ordena que se vaya. "Estoy a punto de derribar tu vieja casa, le dice, y no quisiera tenerte aquí mientras la derribo piedra a piedra, no sea que te hagas daño y te lastimes. Ven conmigo y vive en mi palacio, mientras derribo tu vieja casa".

Así lo hace, y todas las piedras de la antigua casa son derribadas, se nivela con el suelo y se excavan hasta los cimientos. Se construye otra, es de costosas losas de mármol, sus ventanas son transparentes y claras, todas sus puertas son de ágata, y todos sus bordes de piedras preciosas, mientras que todos sus cimientos son de crisólito, y su techo es de jaspe.

Y ahora el dueño de la casa habla al viejo morador: "Vuelve, y te mostraré la casa que he construido para ti". Oh, qué alegría, cuando ese habitante entre y la encuentre tan bien adaptada a sus necesidades, donde cada luz tendrá pleno alcance, donde verá a Dios por sus ventanas, no como a través de un cristal oscuro, sino cara a cara, donde podría invitar incluso al mismo Cristo a venir y cenar con él, y no sentir que la casa está por debajo de la dignidad del Hijo del Hombre.

Conoces la parábola, sabes cómo tu vieja casa, este cuerpo de barro, ha de ser derribada, cómo tu espíritu ha de morar en el cielo por un poco de tiempo sin cuerpo, y cómo después has de entrar en una casa no hecha de manos, eterna en los cielos, una mansión que es santa, incorruptible e inmaculada, y que nunca se deteriorará.

Para usar aún una figura fresca. Veo a un mendigo que pasa por delante de la puerta de un hombre rico; ese pobre desgraciado está cubierto de inmundicia, sus vestidos cuelgan a su alrededor hechos pedazos, como si el viento fuera a llevárselo todo y a arrojar tanto al hombre como a sus vestidos entre los harapos del estercolero. Cómo tiembla, cómo trata de cubrirse bajo ese escaso manto que no le cubre los lomos y no le protege de la ráfaga.

En cuanto a sus zapatos, son realmente viejos y raídos, y todas sus prendas son de tal clase que uno nunca podría saber el original, porque han sido remendadas y parchadas mil veces, y ahora necesitan ser remendadas y parchadas de nuevo.

Se le invita libremente a entrar en la sala del rico, no le diremos lo que se hace mientras tanto, pero le veremos salir de nuevo por esa puerta, ¿y le reconocerías? ¿Creerías que es el mismo hombre? Ha sido lavado y purificado, en su espalda cuelga la púrpura imperial, mientras que en su cabeza resplandece una brillante corona, sus pies están calzados con plata, y en sus manos hay anillos de oro. Alrededor de las piernas lleva un cinturón de oro, y cuando sale, espíritus brillantes lo esperan y le rinden honores, los ángeles esperan ser sus servidores, y piensan que es su mayor placer volar para hacer su voluntad.

¿Es el mismo hombre y es el mismo vestido? Es el mismo. Por algún poder maravilloso, más bien por una energía divina, Dios ha recibido a este mendigo, lo ha llevado a la cámara interior de la tumba, lo ha lavado de todas las imperfecciones, y ahora sale como uno de los príncipes de la sangre real del cielo. Y tal es su naturaleza, tal es su vestido, tal es su dignidad, tal es su estado, y tal la compañía de siervos que le sirven.

Para no multiplicar las ilustraciones, utilizaremos sólo una más. Veo ante mí una copa vieja y maltratada, que muchos oscuros labios han tocado, de la cual la garganta de muchos villanos ha recibido humedad. Está maltratada y cubierta de suciedad. ¿Quién podría decir de qué metal es? La traen y se la dan al platero, que apenas la recibe empieza a romperla en pedazos, la hace añicos una y otra vez, la golpea hasta romperla y luego la mete en su caldero de afinar y la funde.

Ahora empieza a brillar de nuevo, y poco a poco lo saca y lo convierte en un buen cáliz, del que puede beber un rey. ¿Es esto lo mismo? La misma cosa. Esta copa gloriosa, ¿es la vieja plata maltratada que vimos hace un momento, plata como había dicho, que parecía inmundicia maltratada?

Sí, es lo mismo, y nosotros que estamos aquí abajo como vasos, ¡ay! demasiado inadecuados para el uso del Maestro, vasos que incluso han dado consuelo a los malvados, y ayudado a hacer la obra de Satanás, seremos metidos en el horno del sepulcro, y allí seremos fundidos y moldeados en una copa de vino gloriosa que estará sobre la mesa del banquete del Hijo de Dios.

He tratado así de ilustrar el cambio, y ahora ocuparé su atención sólo uno o dos minutos en otro pensamiento que parece estar dentro del alcance de mi texto. Hemos tenido la verdadera identidad bajo la gloriosa transformación. Vuelvo a un pensamiento similar al primero.

Habrá en los cuerpos de los justos una indudable personalidad de carácter. Si sembr is cebada, no producirá trigo; si sembr is cizaña, no brotar  en forma de centeno. Cada grano tiene su forma peculiar, Dios ha dado a cada semilla su propio cuerpo.

Así pues, hermanos míos, aquí hay diferencias entre nosotros, no hay dos cuerpos exactamente iguales, hay marcas en nuestros semblantes y en nuestra conformación corporal que muestran que somos diferentes. Somos de la misma sangre, pero no de la misma manera. Bien, cuando seamos puestos en la tumba nos desintegraremos y volveremos a los mismos elementos, pero cuando resucitemos cada uno de nosotros se levantar  diferente del otro. El cuerpo de Pablo no producirá un cuerpo exactamente igual al de Pedro. Ni la carne de Andrés producirá un cuerpo nuevo como el de los hijos de Zebedeo, sino a cada semilla su propio cuerpo.

En el caso de nuestro bendito Señor y Maestro, recordarás que cuando resucitó de entre los muertos conserv  su personalidad, todavía tenía las heridas en las manos y todavía estaba la marca de lanza en Su costado. No dudo de que cuando sufrió la transfiguración, y en el momento de su ascensión al cielo, todavía conservaba las marcas de sus heridas.  Acaso no cantamos, y no se basa nuestro canto en las Escrituras?

***"Parece un Cordero que ha sido inmolado,
y lleva todavía Su sacerdocio".***

Así que, hermanos, aunque por supuesto no conservaremos ninguna debilidad, nada que nos cause tristeza, sin embargo cada cristiano conservará su particularidad, será semejante y a la vez diferente a todos sus semejantes. Como conocemos de Isaías y Jeremías aquí, así los conoceremos arriba. Así como yo difiero de ti aquí, si los dos juntos alabamos a Dios, habrá alguna diferencia entre nosotros arriba. No la diferencia en defectos, sino la diferencia en las perfecciones de la forma del nuevo cuerpo.

A veces pienso que los mártires llevan sus cicatrices.  Y por qué no? Sería una pérdida para ellos perder sus honores. Tal vez lleven sus coronas de rubí en el paraíso, y los conoceremos...

***"El primero entre los hijos de la luz,
entre los brillantes doblemente resplandecientes".***

Tal vez los hombres que vengan de las catacumbas de Roma lleven algún tipo de palidez en la frente que muestre que vinieron de las tinieblas, donde no vieron la luz del sol. Tal vez el ministro de Cristo, aunque no necesite decir a sus semejantes: "conoced al Señor", seguirá siendo el principal de los que cuentan los caminos de Dios.

Tal vez el dulce cantor de Israel siga siendo el primero en el coro de las arpas de oro, y el más fuerte entre los que dirigirán la melodía.

Y si estas son fantasías, estoy seguro de que una estrella difiere de otra en gloria. Orión no se confundirá con Arturo, ni Mazaroth se confundirá ni por un momento con Orión. Todos seremos separados y distintos. Tal vez cada uno de nosotros tenga allí su constelación, como nos agruparemos en nuestras propias sociedades, y nos reuniremos en torno a aquellos que mejor hemos conocido en la tierra. La personalidad se mantendrá.

No dudo que conocerás a Isaías en el cielo, y reconocerás a los grandes predicadores de la antigua iglesia cristiana, podrás hablar con Crisóstomo, y conversarás con Whitefield. Puede ser que tengas por compañeros a los que fueron tus compañeros aquí, aquellos con quienes tomaste dulce consejo, y caminaste a la casa de Dios, estarán contigo allí, y los conocerás, y con gozo intenso contaréis allí juntos vuestras antiguas pruebas y antiguos triunfos, y las glorias que por igual se os ha hecho compartir.

Atesora entonces estas cosas, la identidad de tu cuerpo después de su gloriosa transformación, y al mismo tiempo, la personalidad que prevalecerá.

Quiero ahora, su solemne atención durante unos cinco minutos, mientras esbozo aquí un contraste de lo más temible. Las cosas que ya he dicho deberían hacer felices a los hijos de Dios. En Stratford on Bow, en los días de la reina María, hubo una vez una hoguera erigida para quemar a dos mártires, uno de ellos cojo y el otro ciego. Justo cuando se encendió el fuego, el cojo arrojó su bastón y, volviéndose, le dijo al ciego: "Ánimo, hermano, este fuego nos curará a los dos". Así pueden decir los justos de la tumba: "Ánimo, la tumba nos curará a todos, dejaremos atrás nuestras dolencias".

Qué paciencia debería darnos esto para soportar todas nuestras pruebas, pues no son de larga duración. No son más que las tallas del buril, que da forma a estos toscos bloques de barro, para darles la forma correcta, para que puedan llevar la imagen de lo celestial.

Pero el contraste es terrible. Hermanos, los impíos deben resucitar de entre los muertos. Los labios con los que has bebido la bebida embriagadora hasta tambalearte, esos labios serán usados para beber la ardiente ira de Dios. Recuerda también, mujer impía, que los ojos que están llenos de lujuria un día estarán llenos de horror, el oído con el que escuchas una conversación lasciva debe escuchar los gemidos hoscos, los gemidos huecos y los gritos de espíritus torturados.

No te engañes, pecaste en tu cuerpo, serás condenado en tu cuerpo. Cuando mueras tu espíritu debe sufrir solo, ese será el principio del infierno, pero tu cuerpo debe resucitar, entonces esta misma carne en la que has transgredido las leyes de Dios, este mismo cuerpo debe sufrir por ello. Debe yacer en el fuego y arder, resquebrajarse y retorcerse por toda la eternidad. Tu cuerpo será levantado incorruptible, de lo contrario el fuego lo consumiría. Llegará a ser como la piedra de amianto, que yace en la llama y sin embargo nunca se consume. Si fuera de esta carne y sangre, pronto moriría bajo los dolores que debemos soportar, pero será un cuerpo omnipotente.

Como hablé de que los justos tienen un poder tan grande, así lo tendréis vosotros, pero será poder para agonizar, poder para sufrir, poder para morir y sin embargo vivir, sin ser aplastados por el severo pie de la muerte. Pensad en esto, vosotros sensualistas, que no os preocupáis por vuestras almas, sino que mimáis vuestros cuerpos, tendréis ese hermoso rostro quemado, esos miembros que se han convertido en instrumentos de lujuria, se convertirán en instrumentos del infierno. Pudriéndose como se pudrirán en la tumba, resucitarán sin embargo con una ardiente inmortalidad a su alrededor, y soportarán una eternidad de agonía e indecible desdicha y castigo. ¿No es esto suficiente para hacer que un hombre tiemble y clame: "Dios, sé propicio a mí, pecador"?

Pero, además, recuerda que aunque tu cuerpo será idénticamente el mismo, también se transformará, y así como el trigo produce el trigo, así la semilla de ortiga produce la ortiga. No puedo decir cómo será tu cuerpo, pero tal vez, así como el cuerpo de los justos se parecerá a Cristo, el tuyo se parecerá al cuerpo del diablo, sea lo que fuere, la misma conformación horrible, la misma mirada demoníaca y la misma mirada infernal que caracterizan a ese arcángel orgulloso te caracterizarán a ti, tendrás la imagen y los rasgos del primer traidor estampados en tu rostro encendido.

Semillas de pecado, ¿estáis preparadas para madurar en la flor plena de la destrucción? Semillas del mal, ¿estáis preparadas para ser esparcidas ahora de la mano de la Muerte, y luego brotar una horrible cosecha de atormentados? Pero así será, a menos que os volváis a Dios. A menos que os arrepintáis, ha dicho Él, y lo hará, Él es capaz de arrojar tanto el cuerpo como el alma al infierno.

Y permíteme recordarte una vez más, que habrá en ti una personalidad indudable, serás conocido en el infierno. El borracho tendrá el castigo del borracho. El blasfemo tendrá para sí el rincón del blasfemo. "Atadlos en manojos para quemarlos y echadlos al fuego". Así dice la voz de la justicia inflexible. No sufrirás en cuerpo ajeno, sino en el tuyo propio, y se sabrá que eres el mismo que pecó contra Dios. Serás visto por uno que te ve hoy, si mueres impenitente, quien te dirá: "Subimos juntos a ese salón, oímos un sermón sobre la resurrección que tenía un final espantoso, nos reímos de él, pero hemos descubierto que es verdad."

Y uno le dirá al otro: "Debería haberte conocido aunque no nos hayamos visto en todos estos años hasta que nos encontramos en el infierno. Debería haberte conocido, hay algo en tu nuevo cuerpo que me hace saber que es el mismo que tenías en la tierra".

Y entonces os diréis mutuamente: "Estos dolores que ahora soportamos, este horror de grandes tinieblas, estas cadenas de fuego que nos están reservadas, ¿no son bien merecidos?" Y volveréis a maldecir juntos a Dios, y sufriréis juntos, y se os hará sentir que sólo habéis recibido la debida recompensa de vuestras obras. "¿No nos advirtió el hombre", diréis, "no nos advirtió, no nos ordenó que corriéramos a Cristo en busca de refugio?" "¿No lo despreciamos, y nos burlamos de lo que dijo? Somos justamente castigados, nos condenamos a nosotros mismos, nos cortamos nuestras propias gargantas, encendimos el infierno para nosotros mismos, y encontramos el combustible de nuestro propio ardor para siempre jamás".

Mis queridos oyentes, no puedo soportar quedarme en este tema, permítanme terminar con esta palabra. "Todo aquel que creyere en el Señor Jesucristo, será salvo". Eso quiere decir que tú, pobre hombre, aunque tal vez estabas borracho anoche, y apenas te levantaste a tiempo para venir aquí esta mañana. Si crees, William, serás salvo. Esto significa que tú, pobre mujer, aunque seas una ramera, si te entregas a Cristo, serás salva. Esto quiere decir tú, hombre respetable, tú que confías en tus propias obras: si te apoyas en Cristo serás salvo, pero no si confías en ti mismo.

Oh, sed sabios, sed sabios. Que Dios nos dé ahora la gracia de aprender esa sabiduría suprema, y que ahora miremos a la cruz y al Cordero tembloroso que sangra en ella, y lo veamos mientras resucita de entre los muertos y asciende a lo alto, y creyendo en Él, recibamos la esperanza y la seguridad de una dichosa resurrección en Él a la vida eterna.